

CAPITULO LIX.

Disgusto del Rey por la política de Alberoni.—Caída de este ministro.—Su salida de España.—Persecucion de que fué objeto. Absolucion del Pontífice.—Sus últimos años.

Como hemos manifestado anteriormente, el Rey se hallaba disgustado, pues si bien en un principio la política de Alberoni había dado muy buenos resultados, hacia tiempo que sólo se experimentaban desastres y pérdidas, no siendo menor su preocupación al apercibirse del empeño de las naciones coaligadas y de los esfuerzos que en su contra realizaban.

El Cardenal, por su parte, había notado el cambio que en el Monarca se había operado, aumentándose su zozobra al comprender que la Reina, que siempre le había prestado apoyo, se hallaba disgustada también.

Cuantos medios intentó fueron inútiles; su influencia había decaído á causa de los malos resultados que últimamente obtuviera, y cada día era su peligro mayor y más inminente, pues las naciones extranjeras no cesaban de practicar gestiones para que de una vez el Rey se deshiciera de un hombre que tanto les había dado que pensar, y al cual tenían todavía.

Las gestiones de la *cuádruple alianza* se encaminaban á esto principalmente; los soberanos que formaban la liga habían hecho saber al rey de España sus acuerdos y sus deseos de asegurar la paz, indicándole para ello que era necesario prescindiera de Alberoni, pues únicamente á sus manejos atribuían unánimemente las violaciones de los tratados y la guerra que había vuelto á estallar. Cada uno de ellos había enviado su agente, siendo de todos ellos el que más consiguió el marqués Annibal Scotti, á quien el duque de Parma había enviado con objeto de desprestigar á Alberoni y dar lugar á su caída, en lo cual suponen que había cedido á las gestiones de lord Peterborough.

Scotti pasó inmediatamente á París con objeto de dirigirse en seguida á Bruselas, para conferenciar con nuestro embajador en Holanda. En París se vió detenido por cuestion de los pasaportes, que fué sólo una excusa, pues en realidad la detencion reconocía por causa el ganar tiempo á fin de que el duque de Orleans se pusiera de acuerdo con los demás monarcas, para determinar la conducta que debían seguir.

Conseguido esto, el duque regente de Francia dió instrucciones á Scotti sobre la informacion que debía hacer á los reyes de España. Volvió el Marqués á Madrid y consiguió hablar secreta y privadamente con los reyes de España, gracias á una entrevista que le proporcionó la azafata de la Reina, llamada Laura Piscattori, acérrima enemiga del Cardenal, de la que se cuenta que en más de una ocasion había leído á su soberana las coplas satíricas que por aquel tiempo se escribían contra el valido.

Tales fueron las instigaciones y tal era ya el cansancio que el Rey sentía de los disgustos que aquella funesta política le causaba, que al fin se decidió á prescindir del hombre á quien tanto en un principio tenía y debía agradecer. Obró D. Felipe como en ocasiones semejantes suelen obrar los reyes, y en la noche del 4 de diciembre escribió de su puño y letra un decreto, cuya ejecucion encomendó al secretario del despacho D. Miguel Fernández Durán, y al día siguiente, en compañía de la Reina, partió para el Pardo.

Segun la orden que había recibido el secretario Fernández Durán, comunicó al Cardenal el decreto, que estaba concebido en los siguientes términos: «Estando continuamente inclinado á procurar á mis súbditos los beneficios de una paz general, trabajando hasta este punto para llegar á los tratados honrosos y convenientes que pueden ser duraderos, y queriendo con esta mira quitar todos los obstáculos que puedan ocasionar la menor tardanza á una obra de la cual depende el bien público, como asimismo otras justas razones, he juzgado á propósito alejar al cardenal Alberoni de los negocios de que tenía el manejo, y al mismo tiempo darle, como lo hago, mi real orden para que se retire de Madrid en el término de ocho días y del reino en el de tres semanas, con prohibicion de que no se emplee más en cosa alguna del gobierno, ni de comparecer en la corte ni en otro lugar donde yo, la Reina ó cualquier príncipe de mi real casa se pudiera hallar.»

Por el secretario del despacho se le ordenó hiciera entrega de los papeles que tenía á su cargo, y sólo entregó aquellos que carecían por completo de interes ó importancia, ó los que se referían á asuntos despachados ya, reservándose todos los que contenían secretos de Estado, ó los que podía utilizar para fines posteriores, pues su ambicion le llevaba á pensar que, si bien las artes de sus enemigos le habían hecho caer, no tardaría en reponerse y volver de nuevo á emprender la campaña que sólo en tregua obligada suspendía.

En cumplimiento de las órdenes que había recibido, el cardenal Alberoni salió de Madrid el 12 de diciembre de 1719, dirigiéndose á Génova por Aragon, Cataluña y Francia. Aunque favorito caído, acompañóle en su viaje una numerosa escolta, siguiendo sin detenerse hasta Lérida, donde, alcanzado por un oficial del Rey, le hizo detener para verificar un registro en su equipaje.

Se hallaba en el territorio catalan, y los naturales del país no podían olvidar que durante su mando había sido sometida Barcelona y que gracias á él se le habían impuesto más duras condiciones, así es que cerca de Gerona fué atacado por una partida de migueletes, que le hicieron fuego, matándole un criado, y consiguió

salvarse él gracias á la numerosa escolta que le acompañaba y á un distrajo con que á pié entró en Gerona.

No pudo ménos de llamar grandemente la atencion en toda España la caída de este hombre extraordinario, que durante algun tiempo había conmovido á Europa. Unos la celebraron como el hecho más oportuno del reinado, y sentíanla otros, manifestando que con Alberoni había perdido la monarquía uno de los hombres más importantes y uno de los ministros de más valer.

Un escritor de aquel tiempo que no puede ser tachado de partidario suyo, dice, hablando de él: «Y no se le puede negar la gloria de que los tres enemigos irreconciliables de España, el Emperador, el duque de Orleans y la Inglaterra se conjuraron para sacar de España á este hombre.»

El marqués de San Felipe, en sus *Comentarios*, dice: «Arrancada de las manos del Pontífice la apetecida púrpura, soltó la rienda á sus ideas, encaminadas todas á adquirirse gloria, *bien es verdad que no ganó poca* en su tiempo la nacion española ni poco crédito las armas del Rey.»

Macanaz, en sus *Memorias para la historia del gobierno de España*, escribe: «La España caminaba á su ruina, porque, aunque la tiranizó Alberoni, al fin la puso en paraje de dar la ley á la Europa.»

El duque de Parma, que tanto le había distinguido, le envió una carta, prohibiéndole terminantemente la entrada en sus estados, y al mismo tiempo el cardenal Paulucci, que á la sazón desempeñaba la secretaría de Estado del papa Clemente XI, le manifestaba el disgusto del Pontífice, por lo que Alberoni suspendió su viaje, permaneciendo en Scotri; pero recelando de todos, puso en seguridad sus papeles y todo lo de su pertenencia, que tenía algun valor.

Más tarde el Pontífice pidió á la república de Génova, por medio del cardenal Imperiali, que prendieran al ex-ministro de España, encomiando la necesidad de que se realizara este acto, que mucho importaba á la Iglesia y á la Santa Sede y á todos los estados de la cristiandad, para lo que presentó contra él una acusacion que contenía los diez siguientes capitulos: Que había engañado al Papa, obligándole con malas artes á darle el capelo.—Había atacado la autoridad de la Santa Sede de un modo inaudito.—Que había apartado á la corte de España de la obediencia á la Santa Sede.—Que había turbado el reposo público de Europa.—Que era el autor de una guerra impía.—Que había sido factor del turco.—Usurpador de bienes eclesiásticos.—Violador de los breves pontificios.—Enemigo implacable de Roma; y, por último, que había abusado inicivamente de la firma del rey de España.

Mal lo hubiera pasado ciertamente si la república de Génova hubiera cedido á las injustificadas exigencias que contra Alberoni tenían la corte de Roma y nuestro embajador en aquella república, el marqués de San Felipe. Pero se mantuvo firme, y no encontrando motivo fundado para acceder á lo que se le pedía, levantó el arresto provisional que en su casa sufría el Cardenal, dejándole libre por completo, pero significándole que no podía permanecer por más tiempo en el territorio de la república.

En tanto Alberoni escribía á Su Santidad cartas en las que procuraba sincerarse de los cargos que se le hacían, tratando de demostrar que nunca había aconsejado nada contra la corte de Roma, y que en modo alguno era el promovedor de aquella guerra que D. Felipe había declarado contra su parecer cuando fué consultado. Aduca, para probar lo primero, el testimonio del nuncio Aldobrandi, y para lo segundo, una carta dirigida al duque de Pópoli. El Papa contradijo éstas con otras cartas, y continuando su persecucion, no se creyó seguro en Scotri y pasó á Spezia, donde permaneció ignorado algun tiempo hasta que al fin pasó á una pequeña poblacion de la Suiza, llamada Lugano.

A la muerte del Pontífice cambiaron favorablemente para él las cosas; el Colegio de Cardenales, en el que siempre había tenido amigos, le invitó al cónclave que había de celebrarse para la eleccion de pontífice, y Alberoni se puso en camino para Roma, pero haciéndolo por sendas ocultas, pues temía que las cortes de Parma y España quisieran aún prenderle.

Cuando se tuvo conocimiento de la llegada de Alberoni á la capital del orbe católico, la multitud se agolpaba ansiosa por conocer al personaje que tanto renombre había conseguido.

El nuevo papa, Inocencio XIII, le permitió vivir retirado en Roma, y á la muerte del duque de Orleans, su más encarnizado enemigo, lo absolvió de todo, confiriéndole el capelo con toda ceremonia. Algun tiempo despues fué preconizado obispo de Málaga, y el cardenal Polignac, enemigo del regente de Francia, consiguió que se le señalara una pension de diez y siete mil libras toresnas.

Poco á poco fué reponiendo su influencia hasta el punto de que, á no haberlo impedido Inglaterra, que se mostraba celosa de ello, hubiera sido nombrado embajador de España en Roma. El príncipe Carlos, cuando tomó posesion de los ducados de Parma y Placencia, permitió que Alberoni fuera á residir á su pueblo natal.

Este hombre murió el 26 de junio de 1752, á los ochenta y ocho años de edad, en Roma, con fama de ser más ambicioso que Richelieu y más astuto que Mazarino, pero ménos profundo y previsor que ambos.



J. SERRA, LIX.

LIX. VIDAL, OLMO, 27

GRAN VICTORIA DE LOS ESPAÑOLES EN ÁFRICA.

CAPITULO LX.

Adhesión de D. Felipe V al tratado de la Cuádruple alianza.—Derrota de las fuerzas francesas en Cataluña.—Evacuación de los reinos de Sicilia y Cerdeña por nuestras fuerzas.—Breve pero gloriosa campaña de nuestro ejército en África.

Las potencias coaligadas afirmaban que la causa principal de la guerra era la política ambiciosa del Cardenal, y parecía, pues, que una vez fuera de España éste, cesarían las hostilidades, y la armonía renacería entre todas las naciones.

Con efecto, sometiéndose á la firma del rey D. Felipe el tratado de la *cuádruple alianza*, y entonces pudo confirmarse la verdad de lo que Alberoni había dicho al tratar de vindicarse á los ojos del Pontífice, de que él no había promovido la guerra, y si el Rey contra su manifiesto parecer.

Felipe moströse duro y altivo, siendo sus exigencias tan grandes como las del ministro caído en la contestación que dió el 4 de enero de 1720 á los Estados generales de las Provincias Unidas, pues pretendía que se le concediera la Cerdeña, reservarse la Sicilia y no concederla al Emperador más que con la condición de reversion á España, como la tenía el duque de Saboya, y que le fueran devueltas las plazas de Gibraltar y Menorca.

Con respecto á esta última condición, habían mediado ya promesas por parte de los ingleses, pero por lo demás era claro y manifiesto que no podían ser admitidas por las potencias tales condiciones, y grandes eran sus deseos por la paz, cuando enviaron á Madrid representantes extraordinarios, cuya misión principal era inclinar el ánimo del rey de España á que cediera en sus exageradas pretensiones y consintiera en firmar el tratado.

Con este objeto se empleó también la reconocida influencia que en el ánimo del Rey tenía el jesuita Daubenton, su confesor, que continuamente le predicaba la necesidad de la paz; la del marqués de Scotti, que tanto en pró de la negociación había hecho, y hasta la misma Reina procuró hacerle comprender la conveniencia de que desistiera de aquella actitud.

Por último, el 26 de enero de 1720 el Rey cedió al fin, y manifestó adherirse al tratado de la *cuádruple alianza*, pero hizo por medio de un documento en que manifestaba lo mucho que en ello perdía, y que se resolvía en pró de la paz general de Europa. Dicho documento principiaba de este modo: «Deseando ahora contribuir por mi parte á los deseos de las referidas majestades los serenísimos reyes de Francia é Inglaterra y dar á la Europa el beneficio de la paz á costa de mis propios intereses y de la posesión y derechos que he de ceder en ella, he resuelto aceptar el referido tratado, etc.»

Este documento fué enviado á nuestro embajador en Holanda, el marqués de Berretti Landi, autorizándole con poderes especiales para que lo firmara en su nombre en compañía de los enviados de las demás potencias, y así se efectuó el 17 de febrero de 1720.

En todas las negociaciones anteriores lo que mayor dificultad había presentado eran los artículos concernientes al emperador de Alemania y al rey de España, que esta vez, reducidos á ocho, fueron consignados del siguiente modo: Renuncia del Rey católico al reino de Cerdeña.—Ratificación de la renuncia por parte de Felipe á la corona de Francia y por parte del Emperador á sus pretensiones á la monarquía de España y de las Indias.—Que el emperador Carlos reconociera á Felipe de Borbon y á sus sucesores por reyes legítimos de España.—Que Felipe renunciara por sí y por sus descendientes á toda pretensión sobre los Países-Bajos y estados que el Emperador poseía en Italia, incluso el reino de Sicilia.—Que faltando el sucesor varón de los ducados de Parma y Toscana entrarían á suceder los hijos de la reina de España.—Que el derecho de reversion del reino de Sicilia, que Felipe se reservó en el tratado de 1713 respecto al duque de Saboya, se transferiría al reino de Cerdeña.—Que Carlos y Felipe se comprometían á mantener lo convenido en este tratado.—Que todo se cumpliría dentro de dos meses, y que ambos designarían lugar y sujetos para establecer definitivamente la paz.

En tanto se llevaban á cabo estos arreglos diplomáticos, las armas no habían estado ociosas.

Sin que la crudeza de la estación ni lo recio del temporal fuera un obstáculo, las campañas que teníamos emprendidas continuaban con gran vigor y sin igual actividad. Los jefes de nuestras fuerzas, fieles á sus deberes, no se contuvieron ni un día, y siguieron adelante, como si sólo esperaran el arreglo de la victoria que habían de conseguir.

Los catalanes, que aún no se habían conformado con las condiciones que por la fuerza sufrían desde la dominación de la dinastía borbónica en España, aprovecharon la ocasión de la entrada de las tropas francesas en el Principado, y sublevados en número de dos mil, quisieron intentar una nueva campaña que les hiciera recobrar los fueros y privilegios que habían perdido; pero en el primer encuentro los dispersó por completo el príncipe Pio.

Al mismo tiempo el marqués de Castel-Rodrigo, que era el encargado de hacer abandonar á los franceses los puntos que en España ocupaban, se dió tal prisa, demostró tal actividad y vigor, que excitó grandemente la atención, haciéndose acreedor á los mayores elogios. Cuantas veces los encontró los derrotó y venció, arrojándolos sucesivamente de Urgel, Castellciutat, de la Conca de Tremp y de todos los puntos que ocupaban.

Estas operaciones cesaron con la adhesión del Rey al tratado de

la *cuádruple alianza*, y lo mismo sucedió con las que sostenían nuestras fuerzas en el reino de Sicilia.

Para verificar esto, nuestro General se puso de acuerdo con el general ingles Bing y con el alemán Mercí, que mandaban allá las fuerzas de estas naciones, y entre los tres acordaron un tratado en la forma y modo como la evacuación había de llevarse á cabo en Sicilia, y en otro semejante la que á Cerdeña se refería. El de Cerdeña fué entregado muy poco después al príncipe Octaviano de Médicis, que inmediatamente lo entregó al comisario general del duque de Saboya, conde de Saint-Reimy.

Era Felipe V monarca que desde luégo se había propuesto el engrandecimiento de su reino, y aún cuando más de una vez es cierto que por esta justa y disculpable ambición se vió comprometido, nunca se desanimó y siguió adelante.

Consideradas en general las pretensiones de todos los monarcas en aquella época, son igualmente censurables, pues todos carecían de buena fe, procurando cada uno su engrandecimiento á costa de los demás, por lo cual es, si se quiere, disculpable la conducta de D. Felipe al obstinarse en no firmar el tratado de la *cuádruple alianza*.

Firmado éste, tendió su vista á otro lado donde llevar nuestras fuerzas á conquistar algo para nuestra gloria, compensando con lo que se había perdido.

Las naciones europeas, que no mucho tiempo ántes se habían sobresaltado al apercibirse de los aprestos militares que España acumulaba en el puerto de Barcelona y que desde entonces temían hechos semejantes, por lo poco que representaba la postroación de España cuando se trataba de realizar una expedición contra el extranjero, se alarmaron de nuevo al saber que también con sigilo y con la mayor reserva se realizaban aprestos militares de bastante consideración en los puertos de Málaga y Cádiz, siempre bajo la dirección del entendido y celoso comisario D. José Patiño.

Esta vez su zozobra no reconocía justificada causa y cesó al declarar D. Felipe que la expedición se dirigía contra los moros de África, para vengar los insultos que de ellos tenía recibido España, y los constantes ataques que contra Ceuta dirigían, ayudados por ingenieros europeos enviados por las naciones coaligadas para distraer las fuerzas españolas de otros puntos, donde tan rudos eran los ataques.

La expedición, mandados los buques por D. Carlos Grillo y las fuerzas, que ascenderían á diez y seis mil hombres, por el marqués de Ledesma, partió de Cádiz en los últimos días del mes de octubre, y al otro lado de la costa habían concluido de desembarcar el 14 de noviembre, dándose la señal de ataque al siguiente día.

El primer avance fué terrible, las trincheras de los infieles fueron forzadas por cuatro columnas compuestas de seis batallones cada una.

Una vez desalojados de tan fuertes posiciones los moros, se replegaron campo adentro, donde tenían un refuerzo de más de veinte mil hombres, entre ellos dos mil negros de la guardia especial del Sultan, temibles por su pujanza y arrojo en la pelea. Allí, como en los sitios á que anteriormente había ido nuestro ejército, tenían en contra la superioridad numérica del enemigo, pero reservada les estaba también allí la gloria de vencer como valientes.

Presentada la batalla por las huestes africanas, le fué necesario á nuestro ejército sostenerla. Sangrienta por demás, estuvo vacilante la victoria más de cuatro horas, al fin de las que, derrotados por completo los mahometanos, huyeron desbandados, dirigiéndose los unos á Tánger y los otros á Tetuan.

En poder de nuestras fuerzas cayeron cuatro estandartes, de los cuales tres fueron llevados por el Rey en persona á la Virgen de Atocha, y el otro remitido al Pontífice con una reverente carta, en la que se demostraba el respeto y sumisión de un príncipe católico al Jefe de la Iglesia.

Fortificadas nuestras tropas en los puntos que con tanto arrojo y valentía habían conquistado, se vieron atacadas nuevamente en los días 9 y 12 de diciembre de 1720, en que reforzados con una considerable chusma, que se calcula no bajaría el primero de estos días de treinta y seis mil hombres, afirmándose que en el segundo ascenderían á sesenta mil, sin que con tal número pudieran conseguir nada en ninguna de estas dos distintas ocasiones, sino que, por el contrario, fueron rechazados valerosamente por nuestras tropas, haciéndoles experimentar considerables bajas.

Tan señaladas victorias causaron gran satisfacción en el ánimo de D. Felipe y colmaron de júbilo á la nación española. La única nación que se mostró celosa de ellos fué Inglaterra, que temió verse molestada en la posesión de la importante plaza de Gibraltar, y así lo manifestó.

No le convenía al rey de España estar disgustado con el monarca ingles, por cuya causa dió orden al general marqués de Ledesma para que, después de dejar bien guarnecida y fortificada la plaza de Ceuta, se retirara con el resto de las fuerzas y regresara á España.



EL PADRE DAUBENTON, CONFESOR DE FELIPE V